

OBRA DE TEATRO EN TRES ACTOS: LOS EMBAUCADORES CORRUPTOS

Al túnel de la corrupción no se le ve el fin. No sabemos en qué tramo del mismo estamos. Es verdad que de vez en cuando y cuando interesa a “alguien”, se enciende una tenue lucecita para que del todo no nos quedemos ciegos, pero es que duelen tanto los ojos cuando esto sucede, que estamos deseando, unos más que otros, que se vuelva a apagar esa lucecita para, de nuevo, no ver nada. ¡Claro y así nos va!

Grandes líderes. Destacados estadistas. Eminentes personajes del mundo mundial. Muchos de estos se nos presentan como referentes en comportamientos éticos, morales y solidarios. Vamos, como guías a seguir en el modelo de vida de la brega diaria para la paz y el bienestar de la humanidad. ¡Qué ingenuos!

Siempre los mismos argumentos. Y se les ven por los foros nacionales e internacionales. Se les aclaman en grandes mítines. Se les oyen o escuchan, según los receptores, en conferencias. Se atreven aconsejar. Se atreven a decir y marcar el camino a seguir. Se atreven a censurar al pueblo en lo ético y a moralizar en su comportamiento, incluso muestran su solidaridad con aquellos que cambian de aptitud en hacerles caso en el mensaje de sus arengas. Y salen con cazadoras de ante o chaquetas de pana para hacerse más cercanos, sin que les falten los pantalones vaqueros, como si de excursión al campo se tratara.

Representado el primer acto, vienen los aplausos, las alabanzas, los vítores, los silbidos, los griteríos en forma de éxito y con ello el saludo, el abrazo y el descanso. Y con el descanso, se da riendas sueltas al disfrute en un instante. Se aprovecha ese tiempo para cambiar el decorado para continuar la representación de la obra.

Y así llegamos al segundo acto en donde los “actores” prometen todas las lindezas de sus sabidurías y activan sus vericuetos en la forma de actuar. Despojados de ropajes cercanos y vestidos con nuevas indumentarias, tratan, detrás del muro de la vista y las apariencias, de ejecutar las mejores faenas en el arte de las pillerías, aprovechando las circunstancias en las que el público está entregado, ciego y alucinado, para llevarse, descaradamente y sin tapujos todo lo que la “obra” les ofrece y les permite. Termina el segundo acto precipitadamente entre los enfados de los asistentes y la protección de los bedeles, echando el telón de fondo para que en un tiempo no se les vean.

La obra continúa. El descanso se alarga más de la cuenta. Tratan de justificar el intervalo. Y mientras tanto, entre bambalinas, los actores se mofan de los espectadores y disfrutan del éxito del primer acto.

En el tercer acto salen los personajes con caras de circunstancias, como si no hubiera pasado nada y con desparpajos para llegar al final de la obra, dando explicaciones ambiguas y exculpando el guión seguido o impuesto para beneficio propio, mientras tanto, el patio de butacas está cabreado y arremolinado, y para calmarlo, se le va filtrando noticias interesadas, rebajando la intensidad de la tragedia, al objeto de que el final de la misma, la representación de la obra sea considerada como un éxito. Sin embargo, el patio de butacas se ha quedado a oscuras sin que nadie le haya dado al interruptor de encendido para poder salir del recinto con luz, aunque sea artificial.

El último monólogo de algún actor o actriz ha sido: “ese señor tiene vida privada aparte y el partido también tiene vida propia, de modo que no tiene nada que ver con nosotros”

Y desde el patio de butacas salió un grito desgarrado: “ver para creer, cabrones”.

